## Fiesta de Nuestra Señora del Carmen.

## La humildad de Dios y de sus hijos.

Estimados hermanos y amigos:

Quizá somos propensos a imitar la fe de los judíos que eran incapaces de imaginar la grandeza del amor y la humildad de nuestro Dios, para quien la mayor grandeza a que debemos aspirar, se manifiesta en el servicio a nuestros prójimos los hombres. El siguiente texto del segundo libro de los Reyes, nos recuerda cómo Dios se nos manifiesta en la más admirable sencillez.

"Allí entró en la cueva, y pasó en ella la noche. Le fue dirigida la palabra de Yahveh, que le dijo: «¿Qué haces aquí Elías?» El dijo: «Ardo en celo por Yahveh, Dios Sebaot, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela.» Le dijo: «Sal y ponte en el monte ante Yahveh.» Y he aquí que Yahveh pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahveh; pero no estaba Yahveh en el huracán. Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba Yahveh en el temblor. Después del temblor, fuego, pero no estaba Yahveh en el fuego. Después del fuego, el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva. Le fue dirigida una voz que le dijo: «¿Qué haces aquí, Elías?» El respondió: «Ardo en celo por Yahveh, Dios Sebaot, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela."" (1 RE. 19, 9-14).

Como sabemos, en contraposición a los adoradores del dios de la reina Jezabel, Yahveh, -el Dios de Elías-, hizo descender fuego del cielo, y quemó un montón de leña que, antes de que aconteciera el citado prodigio, había sido mojado, con tal de que quedara claro cuál es el Dios único existente, después de que Yahveh hiciese descender su fuego desde el cielo.

Si Elías triunfó ante los cuatrocientos cincuenta adoradores de Baal, -a quienes mandó ejecutar-, éste fue amenazado por la reina, por lo cual huyó de la misma, y pasó de ser un glorioso predicador, a ser un pobre fugitivo, cuya vida estaba amenazada.

Desgraciadamente, tanto entre los católicos como entre los adeptos de otras religiones, hay muchos predicadores empeñados en superar la crisis de fe existente actualmente, predicando a un Dios que solo se rige por su amor, que se olvida de ejecutar su justicia. Es cierto que el amor de Dios es grande y que nuestro Padre común nos perdona los pecados que cometemos siempre que nos arrepintamos de ello, pero no es menos cierto que el Todopoderoso debe juzgar todos nuestros actos, con tal de que se manifieste su gloria, tanto castigando las injusticias de los hombres, como premiando a sus fieles seguidores, con la vida y la dicha eternas.

En los difíciles días en que Elías tuvo que permanecer escondido, el citado profeta vio a Dios, quien no se le manifestó ni en el viento impetuoso, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en la brisa suave.

Quizá queremos que Dios se nos manifieste haciendo grandes obras, y no hacemos mal al albergar este deseo en nuestros corazones, porque nuestro Padre común nos ha prometido que eliminará todas las miserias de la humanidad, pero, mientras ello sucede, nos es necesario encontrar a Dios en la humildad de sus hijos los hombres.

Un gran ejemplo de amor y humildad que podemos imitar, es el de María de Nazaret. A pesar de que en el tiempo de Jesús los judíos pensaban que las mujeres eran inferiores a los hombres, Dios escogió a una mujer para que su Unigénito se encarnara en sus entrañas. Igualmente, en el caso de las apariciones de Fátima, en vez de revelársele Nuestra Señora a grandes personalidades que pudieran utilizar todos sus medios humanos para difundir el mensaje de la necesidad que tenemos de convertirnos al Evangelio, María Santísima se les manifestó a tres pastorcillos, porque el mismo Dios sería quien se encargara de difundir su mensaje de salvación, utilizando personas y medios que no dejan de sorprendernos por su sencillez.

Dios se hizo hombre, nació de una mujer, vivió en el seno de una familia. Jesús se hizo en todo igual a nosotros aunque evitó el hecho de incumplir la voluntad de Dios, y por ello quiso vivir tal como lo hacían sus hermanos de raza.

Cuando el Señor nació, se hizo compañero de los más desamparados, pues tuvo por vivienda un establo. María Santísima meditaba todos los hechos relacionados con el Nacimiento de su Hijo, cuya muerte fue profetizada por Simeón en el Templo de Jerusalén, y quien recibió dádivas de varios astrólogos orientales.

Cuando Jesús nació, José debió alquilar una casa en Belén, y debió buscar trabajo, para poder mantener a su Familia, pero su dicha duró poco tiempo, pues una noche fue avisado en sueños para que huyera con Jesús y María a Egipto, para salvar la vida de Aquel a quien le hizo de padre adoptivo. Hay ocasiones en que Dios cambia nuestros planes vitales de tal manera, que nuestras seguridades desaparecen, y lo único que podemos hacer, es vivir del ejercicio de la fe que nos caracteriza, aunque sentimos que la perdemos.

José debió sufrir mucho cuando se debatió entre la posibilidad de lapidar a su futura mujer por haberle sido infiel supuestamente, olvidarse de María enviándola un tiempo a casa de su parienta Elisabeth con tal de salvarle la vida y no casarse con ella, o aceptar la paternidad de Jesús, pero María, por ser mujer, y no poder hacer nada más que orar y confiar en Dios, debió sufrir mucho más que él.

Dios no permite que suframos para divertirse a costa nuestra, pero ha hecho del dolor una escuela de superación personal, en la que hasta el mismo Jesús recibió un gran adiestramiento espiritual. La vida de mucha gente es un sinfín de dificultades variadas, pero, en medio de esos problemas, se vislumbra la luz de la

fe, la necesidad de no sucumbir ante ningún obstáculo, la seguridad de que algún día verán la luz quienes viven entre tinieblas...

Hay gente que, además de no saber superar sus dificultades, sabe muy bien lo que tiene que hacer para que otros vivan en su mismo estado de frustración. Muchos se "especializan" en buscarles defectos a los demás, con tal de que nadie recuerde sus deficiencias. José y María debieron pasarlo muy mal cuando volvieron de Egipto a Nazaret, y muchos les miraban con recelo, pensando que José no había sido capaz de hacer lo que tenía que haber hecho cuando supo de la traición de su desposada, y discriminando a María, intentando hacerle creer que no era una mujer honrada.

San Marcos, en el capítulo cinco de su Evangelio, nos cuenta cómo Jesús curó a un endemoniado, el cual quiso seguirlo, y recibió el encargo del Mesías de evangelizar a los habitantes de Gerasa, quienes lo trataban como si fuera un animal peligroso. A veces no sabemos por qué la vida nos obliga a hacer lo que más detestamos, y a permanecer junto a quienes no saben qué hacer con tal de hacernos más desgraciados, pero, en esas situaciones, lo único que podemos hacer, es mostrarnos fuertes psicológicamente, y no perder la fe, aunque ello sea difícil, porque, tarde o temprano, Dios acabará ayudándonos, ora a resolver nuestros problemas, ora a sobrellevarlos dignamente.

En el caso de María, la Madre de Jesús, ella siempre vivió entre dificultades. Antes de casarse, sufrió las dudas de José. Cuando su Hijo era muy pequeño, tuvo que huir desde Belén a Egipto, soportando el miedo que le causaban tanto la posibilidad de ser víctima de gente sin escrúpulos como los peligros del desierto. Cuando Jesús fue adulto e inició su Ministerio público, soportó estoicamente el hecho de saber que su Hijo corría un grave peligro, y vivió la Pasión y muerte de nuestro Salvador. Cuando los Apóstoles del Señor fundaron la Iglesia de Jerusalén, la dicha de María fue interrumpida por el conocimiento del martirio de muchos creyentes. La vida puede depararnos muchas dificultades, pero, entre las mismas, podemos ver la luz del Dios que nunca deja de consolarnos.

(José Portillo Pérez).